

A propósito de...



1 NOVIEMBRE: TODOS LOS SANTOS.

El Día de Todos los Santos es una tradición católica instituida en honor de todos los santos, conocidos y desconocidos. Este día se celebran a todos los millones de personas que han llegado al cielo, aunque sean desconocidos para nosotros. Porque Santos son todos aquellos que han llegado al cielo, algunos han sido canonizados y son por esto propuestos por la Iglesia como ejemplos de vida cristiana. Seguramente que entre esos santos, esas personas que ya gozan de Dios en el cielo, estarán muchos de nuestros familiares y amigos.

Este día es una oportunidad que la Iglesia nos da para recordar que Dios nos ha llamado a todos a la santidad. Que ser santo no es tener una aureola en la cabeza, hacer milagros, y estar en los altares; sino simplemente hacer las cosas ordinarias extraordinariamente bien, por amor al prójimo y por amor a Dios. Y todos debemos luchar por cumplir esa petición del Señor: "Sed santos, como vuestro Padre celestial es santo".

Cuando hablamos de santidad, parece que nos referimos a algo tan extraordinario, que sólo corresponde alcanzarla a algunas personas extraordinarias y fuera de serie. Si así fuera, el mandato del Señor sería sólo para algunos privilegiados. Y no es así. El ser santo es para todos, y está al alcance de todos.

Lo único que se pide es que tratemos de vivir conforme a la voluntad de Dios, que tratemos de hacer el bien, y de hacer bien las cosas. Es verdad que en nuestra vida hay defectos, equivocaciones, pecado. También los santos canonizados tenían sus fallos, no estaban libres de pecar. Por eso la Biblia dice que "el santo peca siete veces al día". Quiere decir que también eran personas débiles. Pero sabían levantarse después de las caídas. Y, sobre todo, trataron de tener un gran amor a Dios, que les llevaba, también, a amar a los demás. De hecho, muchos se distinguieron por una caridad grande, por un amor a los más necesitados. Pero pensemos, también, en los padres abnegados, buenos, honrados, solidarios, que hicieron de su vida un seguimiento de Jesús, sin grandes cosas extraordinarias, pero tratando de hacerlo todo extraordinariamente bien. Seguro que todos conocemos casos así, entre los que nos han precedido y actualmente.

La fiesta de "Todos los Santos", es una fiesta que nos debe llenar de alegría por ellos, que ya están gozando de Dios, y llenamos de esperanza a nosotros que esperamos alcanzar el mismo gozo.

Félix González

SERVICIO DE PASTORAL. ATENCIÓN ESPIRITUAL Y RELIGIOSA.

jsanchezf.cabm@hospitalarias.es

jjgalan.cabm@hospitalarias.es

CIEMPOZUELOS (MADRID)



Hermanas Hospitalarias

COMPLEJO ASISTENCIAL BENTOS MENDEZ

La Buena Noticia de la semana

3 DE NOVIEMBRE 2024

XXXI. DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO

Año XV. nº: 903



Palabra de Dios:

Deuteronomio 6,2-6.

Escucha, Israel: Amaras al Señor con todo tu corazón.

Salmo 17.

Yo te amo, Señor; tú eres mi fortaleza.

Hebreos 7,23-28.

Como permanece para siempre, tiene el sacerdocio que no pasa.

Marcos 12, 28b-34.

No estás lejos del reino de Dios.

Un escriba se acerca a Jesús. No viene a tenderle una trampa. Tampoco a discutir con él. Su vida está fundamentada en leyes y normas que le indican cómo comportarse en cada momento. Sin embargo, en su corazón se ha despertado una pregunta: "¿Qué mandamiento es el primero de todos?" ¿Qué es lo más importante para acertar en la vida?

Jesús entiende muy bien lo que siente aquel hombre. Cuando en la religión se van acumulando normas y preceptos, costumbres y ritos, es fácil vivir dispersos, sin saber exactamente qué es lo fundamental para orientar la vida de manera sana. Algo de esto ocurría en ciertos sectores del judaísmo.

Jesús no le cita los mandamientos de Moisés. Sencillamente, le recuerda la oración que esa misma mañana han pronunciado los dos al salir el sol, siguiendo la costumbre judía: "Escucha, Israel, el Señor nuestro Dios es el único Señor: amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón".

El escriba está pensando en un Dios que tiene poder de mandar. Jesús le coloca ante un Dios cuya voz hemos de escuchar. Lo importante no es conocer preceptos y cumplirlos. Lo decisivo es detenernos a escuchar a ese Dios que nos habla sin pronunciar palabras humanas.

Cuando escuchamos al verdadero Dios, se despierta en nosotros una atracción hacia el amor. No es propiamente una orden. Es lo que brota en nosotros al abrirnos al Misterio último de la vida: "Amarás". En esta experiencia, no hay intermediarios religiosos, no hay teólogos ni moralistas. No necesitamos que nadie nos lo diga desde fuera. Sabemos que lo importante es amar.

Este amor a Dios no es un sentimiento ni una emoción. Amar al que es la fuente y el origen de la vida es vivir amando la vida, la creación, las cosas y, sobre todo, a las personas. Jesús habla de amar "con todo el corazón, con toda el alma, con todo el ser". Sin mediocridad ni cálculos interesados. De manera generosa y confiada.

Jesús añade, todavía, algo que el escriba no ha preguntado. Este amor a Dios es inseparable del amor al prójimo. Sólo se puede amar a Dios amando al hermano. De lo contrario, el amor a Dios es mentira. ¿Cómo vamos a amar al Padre sin amar a sus hijos e hijas?

No siempre cuidamos los cristianos esta síntesis de Jesús. Con frecuencia, tendemos a confundir el amor a Dios con las prácticas religiosas y el fervor, ignorando el amor práctico y solidario a quienes viven excluidos por la sociedad y olvidados por la religión. Pero, ¿qué hay de verdad en nuestro amor a Dios si vivimos de espaldas a los que sufren?

José Antonio Pagola



«Tengan mucha caridad y paciencia con las enfermas, siendo con ellas como verdaderas madres.»

(M^a. Josefa Recio. Testamento Espiritual)

VENERABLE M^a. JOSEFA RECIO

+ 30 DE OCTUBRE 1883



Nace en Granada (España), el 19 de marzo de 1846. La educación familiar y su historia de solidaridad cristiana la transformarán en modelo de joven y de esposa (contrae matrimonio y queda viuda a los 33 años).

A partir de 1871 vive una profunda amistad humana y espiritual con M^a Angustias Giménez Vera. Con ella sale de Granada en dirección a Ciempozuelos (Madrid) donde llegan el 21 de junio de 1880, para llevar a cabo, bajo las indicaciones del P. Menni, la fundación de la Congregación que tienen lugar en Ciempozuelos, el 31 de mayo de 1881.

Fue la primera Superiora general de la Congregación y murió víctima de su heroica caridad, a consecuencia de los golpes recibidos por una mujer enferma mental el 30 de octubre de 1883.

Su legado espiritual queda condensado en su Testamento y en el ejemplo de su vida que permanece vivo en la Congregación.

Su causa de canonización fue introducida el 21 de junio de 1991. El 8 de febrero de 2011, el congreso de teólogos reunido en Roma, examinó y votó favorablemente la heroicidad de sus virtudes declarándola VENERABLE.